

## A propósito del Bronce Atlántico y el origen de los calderos de remaches peninsulares

*Los calderos atlánticos de remaches de la Península Ibérica son datados con frecuencia en los ss. VIII-VII, aunque recientes publicaciones plantean que el origen de esta producción metálica en ámbito peninsular podría ser anterior. Intentamos mostrar, sobre la base de contextos estratigráficos y dataciones radiocarbónicas, que los calderos atlánticos de remaches aparecen en la Península Ibérica en el transcurso de los ss. XI-X cal BC.*

**Palabras clave:** Bronce Final, comercio mediterráneo, Grupo “Baiões/Santa Luzia”, intercambio, rituales de comensalidad, sistemas mundiales.

*The Atlantic riveted cauldrons of the Iberian Peninsula are usually date from VIII or VII century BC, although recent publications suggest that the origin of this metal production could date from an earlier period. We try to show, on the basis of stratigraphical contexts and radiocarbon dates, that the Atlantic riveted cauldrons appear in the Iberian Peninsula during the XI-X centuries cal BC.*

**Key words:** Late Bronze Age, Mediterranean trade, “Baiões/Santa Luzia” Group, exchange, rituals of commensality, World Systems.

### LOS PUNTOS DE PARTIDA Y SUS ANTECEDENTES

Si bien el concepto de *Bronce Atlántico* aparece ocasionalmente en algunas publicaciones recientes rodeado de connotaciones de cierta novedad y renovación metodológica, es sabido que su acuñación no es en absoluto un producto de la arqueología de las últimas décadas; bien al contrario, casi podría considerarse el único de los Bronces Finales peninsulares caracterizado de antiguo. En su definición historiográfica desempeñan un importante papel Bosch Gimpera, desde 1920, y poco después Martínez Santa-Olalla, en su conocido *Esquema paleoetnológico de la Península Ibérica* (Fernández-Posse 1998, 25ss y 129; Vilaça 1995, 26ss).

Desde los primeros balbuceos en la configuración del concepto, primó un énfasis tipologista centrado fundamentalmente en la comparación de los objetos aparecidos en depósitos, sobre cuya base se elaboraron pronto abundantes mapas de dispersión y cronologías cruzadas, en las cuales la reubicación cronológica de un tipo podía llegar a trastocar considerable-

mente la totalidad de una secuencia que, aunque debía ser básicamente relativa, se presentaba casi siempre como absoluta.

En este contexto, sólo alterado a finales de los ochenta o comienzos de los noventa mediante la apertura a nuevos métodos e intereses, los calderos de remaches –también citados bajo denominaciones como tipo irlandés, tipo Cabárceno, etc.– ocuparon desde momentos tempranos un lugar muy destacado en la construcción del Bronce Final Atlántico. Se estableció igualmente, en tiempos estrictamente coetáneos, un debate sobre el origen geográfico de este producto arqueológico, cuyo denominador esencial fue decantarse por una procedencia bien mediterránea o bien centroeuropea-nortealpina para los prototipos que inspiraron las producciones propiamente atlánticas. Y si constante fue esta controversia, no menos reiterativos fueron los argumentos de cara a establecer una cronología para los primeros ejemplares de la Península Ibérica centrada básicamente en el s. VII, con puntuales concesiones al VIII o incluso al VI. Es, en primer término, la discusión de esta franja temporal el motivo fundamental del presente artículo, que pretende argumentar la posibilidad de situar los ejemplares peninsulares más antiguos de esta producción metálica en los ss. XI-X.

También parece justo –y, desde luego, muy pertinente– indicar que, aunque las alusiones fueron continuas, no abundaron los estudios de detalle dedicados a la compilación exhaustiva de la totalidad de los hallazgos; en este sentido, merecen destacarse los ya pioneros trabajos de Schubart (1961) y Coffyn (1985), que recogieron los ejemplares conocidos hasta el momento, llegando el último a mencionar un total de 16. En fechas recientes hemos duplicado en términos cuantitativos el elenco ofrecido por el autor francés, siendo precisamente los hallazgos producidos en tiempos más recientes –que, junto a los ya conocidos, reunimos en un trabajo de publicación inminente– los que han posibilitado la revisión cronológica aquí propuesta.

Profundizando un poco más en la perspectiva historiográfica, cabe aludir en primer término a un breve artículo de García y Bellido (1941), en el cual se establece una analogía, hoy definitivamente desestimada, entre el caldero de Cabárceno (Penagos, Santander) (fig. 1.2) y los recipientes representados en las diademas áureas de Ribadeo/Moñes. Pero al mismo tiempo, y en el marco de ese atlantismo no tan incipiente, subraya ya los paralelos existentes en las Islas Británicas, apuntando un origen insular para este tipo de calderos, que fecha en el s. VII, y criticando en consecuencia las propuestas de quienes postulan *la procedencia griega o itá-*

*lica de este tipo* (García y Bellido 1941, 562). Otro tratamiento de la cuestión es el ofrecido por un discípulo de Martínez Santa-Olalla, el irlandés E. MacWhite (1951), quien menciona ejemplares peninsulares como los de Cabárceno, Huerta de Arriba o Cueva Lóbrega y propone su datación en el s. VI; mantiene no obstante el punto de vista europeo, aunque establece cuatro grupos (irlandés, nórdico, hallstático e itálico) e intenta aclarar las relaciones entre ellos (MacWhite 1951, 105-109).

Al año siguiente de la publicación de la tesis de MacWhite aparece un amplio artículo de C. Hawkes, en el cual nuevamente la problemática de los recipientes peninsulares es abordada por un arqueólogo foráneo que tradicionalmente ha sido uno de los defensores de una inspiración oriental para el material que nos ocupa. A su modo de ver, los calderos atlánticos tienen un origen oriental y egeo, encontrando inspiración en el *dinos* griego o en ejemplares localizados en tumbas etruscas; así pues, *el traslado cronológico de todas estas piezas desde Itaca, desde Creta o desde Rodas, debe establecerse alrededor del 700 todo lo más pronto y hasta el 670-650 (...)* Los prototipos metálicos del *dinos* griego habrían llegado de Oriente provistos de estas ligaduras y anillos de suspensión, en los alrededores del 700 (Hawkes 1952, 108). Ahora bien, esta propuesta de datación atañe a los modelos más antiguos, los británicos en su opinión, y no a los peninsulares, que considera posteriores (de 650 en adelante) (Hawkes 1952, 111s).

El trabajo clásico sobre la cuestión lo debemos a un representante de la arqueología alemana, que por aquellas fechas estaba imprimiendo ya, por medio de la sede madrileña del DAI, un giro ostensible a nuestra prehistoriografía. Nos referimos al artículo de H. Schubart (1961), cuya aportación principal reside en recoger un buen número de hallazgos bien descritos y comentados con su correspondiente bibliografía, tarea entonces muy necesaria si tenemos en cuenta que las publicaciones anteriores no tenían en consideración más de cuatro o cinco ejemplares. En el debate sobre las coordenadas espacio-temporales, Schubart considera que los recipientes griegos de los ss. VIII-VII fueron conocidos en la costa levantina, lo que pudo ocasionar su imitación en ámbito atlántico (Schubart 1961, 50ss).

Años más tarde, también se ocupa del tema, al estudiar el depósito de Hío, M. Ruiz-Gálvez (1979), autora que se opone al origen mediterráneo de los calderos arguyendo su escasez en Francia y la Península, lugares por donde necesariamente tendrían que haber pasado en su tránsito hacia las Islas Británicas; y, aunque la supuesta escasez en ámbito peninsular es hoy matizable, sus dudas nos parecen muy razonables para el momento en que fueron formuladas. En síntesis, Ruiz-Gálvez se sitúa entre quienes apuntan a la necesidad de buscar los referentes en la Europa norteaipina aunque, paradójicamente, considera a los fragmentos de caldero los elementos más modernos del depósito, premisa que emplea para datarlo en el s. VII, sin descartar que su ocultamiento pudiera ser todavía posterior (Ruiz-Gálvez 1979, 141-47). Más adelante volveremos sobre los problemas cronológicos que plantea este conjunto.

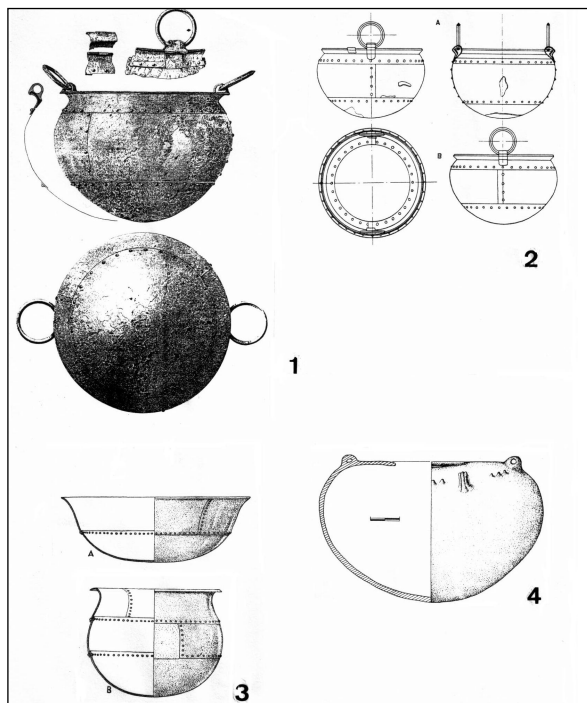


Fig. 1. 1. Caldero de Lois (Riaño, León) (según Schubart 1961); 2. caldero de Cabárceno (Penagos, Santander) (según Hawkes 1952); 3. reconstrucción hipotética de los recipientes de Huerta de Arriba (Burgos) (según Martínez Santa-Olalla 1942); 4. recipiente cerámico de Coroneta del Rei (Alberique, Valencia), posible imitación de caldero metálico (según Martínez Pérez 1988). Diferentes escalas.

Un refuerzo a esta línea argumental lo encontramos en la obra que fue tesis doctoral de A. Coffyn (1985), donde además de recoger los 16 hallazgos conocidos hasta la fecha se critica la tesis de un origen oriental para los prototipos iniciales, anotando la marcada distribución atlántica de los recipientes y en concreto su origen irlandés (con antecedentes en el área danesa/nortealpina), dada la presencia de unos 20 ejemplares en este país –hoy la Península Ibérica supera con creces esa cifra– de los cuales siete pertenecen al tipo A, el más antiguo según la clasificación al uso para los ejemplares insulares (Coffyn 1985, 57 y 395s).

Paradójicamente, la posibilidad de optar por fechas anteriores a las establecidas por la *communis opinio* es planteada a mediados de los ochenta en un artículo que no se ocupa directamente de los ejemplares peninsulares (Gerloff 1986). En su completa revisión de los calderos insulares del tipo A, Gerloff sitúa el origen de estos recipientes en el último cuarto del segundo milenio; aunque, en el caso de los ejemplares de la Península Ibérica, asume que *the question of their typological and chronological attribution and their relationship to the British and Irish ones must remain open* (Gerloff 1986, 102), anota ya que parece darse una contradicción entre las fechas antiguas de los materiales que componen los depósitos de Hío y Huerta de Arriba y la datación que comúnmente se asigna a los recipientes contenidos en estos mismos conjuntos. Sin embargo, tal vez por su mínima atención a la situación peninsular la incidencia de este trabajo en nuestra historiografía resulta bastante relativa.

Es posible que esta sucinta síntesis historiográfica, en ningún caso exhaustiva, ayude a comprender el relativo consenso –sólo recientemente quebrado– existente a la hora de fechar estos recipientes en momentos no anteriores al s. VIII. Aunque ya a mediados de los ochenta se publicaron los resultados de las excavaciones en el castro portugués de Coto da Pena, que arrojaban fechas antiguas para algunos fragmentos de caldero (Silva 1986), y aunque por esos mismos momentos el burgalés de Huerta de Arriba ya figuraba como un depósito del Bronce Final II, la definitiva reubicación cronológica de los calderos de remaches peninsulares sigue encontrándose con una cierta inercia contraria, aunque se advierte una clara tendencia al alzamiento de las fechas.

En su completo estudio sobre las espadas peninsulares del Bronce Final, Meijide (1988) considera que los calderos constituyen uno de los apoyos para defender fechas tardías para el complejo de lengua de carpa, pero haciéndose eco del alzamiento de las cronologías en los ejemplares británicos sostiene que *no hay motivo para no suponer lo mismo en la Península Ibérica, como se deduce del depósito de Hío* (Meijide 1988, 47). Por su parte, Delibes *et al.* (1993), con apoyo fundamentalmente en la comparación tipológica, siguen mostrándose algo más reacios a admitir cronologías anteriores al s. VIII, fecha que manejan para la circulación por el atlántico de ganchos de carne y calderos, en el marco de *un vasto tráfico comercial a partir del 800 a lo largo de las costas atlánticas y del Mediterráneo occidental, en el que el Suroeste francés, la Península y*

*Cerdeña desempeñaron el papel de intermediarios principales* (Delibes *et al.* 1993, 422).

En todo caso, aunque hasta el momento quizá se eche en falta un apoyo argumental sólido, esta elevación cronológica suma adeptos paulatinamente. Entre los autores de habla inglesa, puede ser citado C. Burgess (1991), que postula un origen oriental para los recipientes y su llegada a Occidente sobre el 1250-1150; aunque considera algo posteriores los ejemplares peninsulares, sostiene que *cauldron production in Spain was certainly underway by the beginning of the First Millennium* (Burgess 1991, 30) y tiene en cuenta la posibilidad de una llegada a ámbito atlántico por vía peninsular y con escala en el mundo itálico. Asimismo Arias y Armendáriz (1998, 57) asumen la considerable antigüedad que establecen los fragmentos de Coto da Pena, bien contextualizados estratigráficamente y con datación radiocarbónica; y en fin, esta tendencia al alza la ratifican recientemente Maya y Cuesta (2001, 132) al reconocer que el momento más antiguo para los calderos está centrado en los ss. IX-VII. Entendemos, no obstante, que dicha tendencia a subir las fechas, que en los últimos años se viene definiendo pese a no pocos puntos de controversia e inercias en su contra, precisa de una argumentación algo más detallada que pretendemos exponer de forma somera en las páginas que siguen.

## LAS BASES PARA UN REPLANTEAMIENTO: ESTRATIGRAFÍAS Y RADIOCARBONO

Las excavaciones de los últimos años en yacimientos como Coto da Pena (Silva 1986), Sanchorreja (González-Tablas 1990), Torroso (Peña 1992) o Campa Torres (Maya y Cuesta 2001), han sacado a la luz restos de calderos de remaches que, en primera instancia, han posibilitado un mejor conocimiento de las características de estos recipientes, por la aparición no sólo de nuevos fragmentos de chapas remachadas, sino también de bordes, asas o armellas. Pero, al mismo tiempo, su localización en contextos estratigráficos bien datados –en ocasiones con apoyo del radiocarbono– aunque, por lo demás, heterogéneos, ha permitido un más ajustado encuadre cronológico a la hora de definir el origen de los calderos y algunos pormenores temporales de su difusión y evolución. Son, pues, los nuevos hallazgos en estratigrafías bien documentadas y fechadas los que proporcionan un primer punto de apoyo para el replanteamiento que aquí proponemos.

Hay que considerar también las implicaciones cronológicas que ha tenido el impactante hallazgo de un asador articulado de tipología atlántica en la tumba chipriota 523 de Amatunte (fig. 6.2) y, junto a él, su propuesta de datación por parte de V. Karageorghis en torno al año 1000 o poco después (Karageorghis y Lo Schiavo 1989, 16; Hermary 1999, 57). Al margen de que este hallazgo ocasiona un nuevo debate sobre el origen geográfico de los asadores articulados, la necesidad de reajustar algunas cronologías se expone ya en la publicación inicial de la pieza (Karageorghis y Lo Schiavo

1989, 20ss). Lo cierto es que la adscripción de los asadores articulados al Bronce Final III, caracterizado por las espadas de lengua de carpa, había sido unánime hasta entonces, por lo que este nuevo hallazgo obligó o bien a situar el origen de los asadores en la segunda fase del Bronce Final Atlántico, o bien a alzar la cronología para el complejo de lengua de carpa. Pero, además, abrió expectativas de cara a un mejor y renovado encuadre temporal de algunos depósitos y yacimientos peninsulares, ofreciendo asimismo nuevas perspectivas para el estudio de las relaciones entre ambos extremos del Mediterráneo durante el Bronce Final (Mederos 1996b).

Un replanteamiento cronológico muy serio –y a la postre bien recibido– lo propone Gómez de Soto (1991) en las actas de un famoso congreso sobre el Bronce Atlántico. Este autor paraleliza el horizonte metalúrgico de Saint-Briec-des-Iffs/Wilburton (Br. Fin. II atlántico), en el cual se encuadra el depósito inglés de Isleham –que contiene espadas pistiliformes, un asador articulado y restos de caldero– con la cultura de Rhin-Suisse-France Orientale del Hallstatt A2-B1, cuyo origen se puede establecer por dendrocronología sobre el 1100; el fin de este período se fija en torno al 900 o tal vez un poco antes, datación que viene establecida por los resultados dendrocronológicos obtenidos en la estación de Landeron, en la región de Neuchatel, y en Duingt-le-Roselet, en el lago d’Annecy, con materiales de transición entre Ha. B1 y Ha. B2 en el primer caso y del Ha. B2 en el segundo, lo cual establece la necesidad de revisar el horizonte de las espadas de lengua de carpa (Br. Fin. III atlántico), situando su origen en torno al 950-940 (Gómez de Soto 1991, 370s).

Tenemos, por lo tanto, esbozada una segunda vía para el replanteamiento cronológico que proponemos, que no es otra que el recurso a técnicas de datación más fiables si se aprovechan bien y que sí proporcionan fechas absolutas, vale decir, la dendrocronología y el radiocarbono calibrado. Justo será reconocer que en el proceder de Gómez de Soto sigue habiendo algo de tipología y datación cruzada, pero resulta que las cronologías absolutas para nuestros propios contextos apuntan en la misma dirección. En el caso, por ejemplo,

de las dataciones para el depósito de la ría de Huelva, obtenidas sobre la madera conservada en el regatón de seis lanzas, las fechas se concentran entre *c.* 1000 y 930 cal ANE (CSIC-202 a 207), mientras que para la segunda fase del Bronce Final Atlántico contamos con fechas como las obtenidas en el ástil de una lanza de tipo británico con perforaciones basales encontrada junto a una espada pistiliforme en el depósito de San Esteban del río Sil (Lugo), o en la madera de la punta de una lanza losángica hallada en Monte da Penha (Guimarães), que se sitúan en ambos casos *c.* 1090/1080 cal ANE (GrN-5568 y CSIC-215) (Castro Martínez *et al.* 1996, 204s; Mederos 1996a, 67s). Pero la vía estrictamente tipológica podría verse todavía más alterada si aceptamos como válida la datación del poblado de Cerro de la Miel (Granada), donde salieron una espada de lengua de carpa y una fibula de tipo Huelva en un contexto datado por radiocarbono *c.* 1250 cal ANE (UGRA-143), obtenida a partir de carbón procedente del nivel de derrumbe de una cabaña; esto indicaría, cuando menos, un período de solapamiento entre los horizontes pistiliforme y de lengua de carpa, además de incidir en la mayor antigüedad del segundo de los complejos citados (Castro Martínez *et al.* 1996, 205).

Sobre las bases expuestas, el registro que justifica una mayor antigüedad para el origen de los calderos de remaches peninsulares se localiza en una serie de yacimientos de la Beira y Norte de Portugal que, en buena medida, definen el denominado grupo de “Baiões-Santa Luzia” caracterizado, entre otros elementos diagnósticos, por la presencia de poblados en altura, amplio dominio sobre el espacio circundante y en ocasiones fortificados, cerámicas con decoración bruñida e incisa pre y postcocción a base de motivos geométricos y una cronología situada en torno al siglo X, aunque algunos de los poblados se originan dos siglos antes, según confirman plenamente las dataciones radiocarbónicas de yacimientos como S. Romão, Sta. Luzia, etc. (Castro Martínez *et al.*, 1996, 214s; Fernández-Posse 1998, 133s; Senna-Martinez 2000, 120). Dentro de este ámbito cultural, bien definido cronológicamente, son al menos tres –Coto da

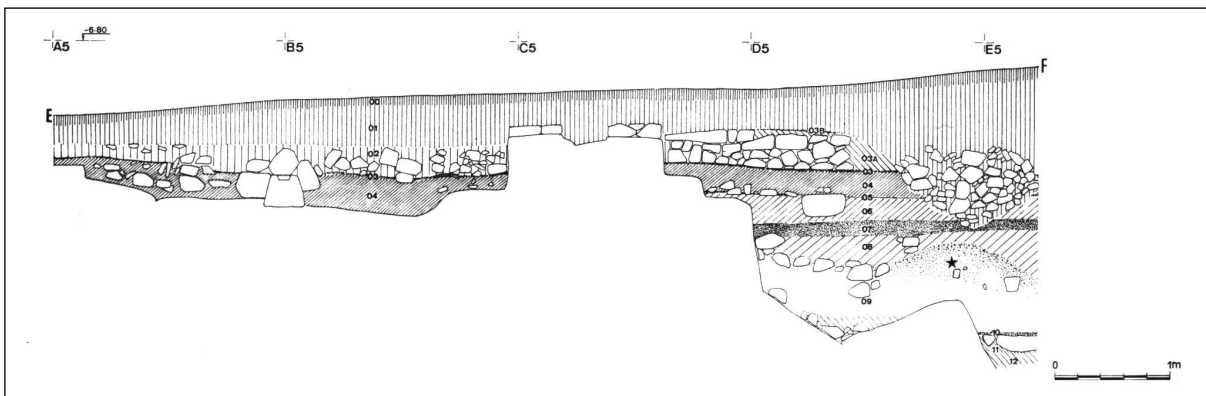


Fig. 2. Corte estratigráfico del castro de Coto da Pena (Vilarelho, Caminha) (según Silva 1986). Los fragmentos de caldero pertenecen al estrato 09.

Pena, Nossa Senhora da Guia y Santinha— los yacimientos que han dado calderos de remaches.

Del castro de Coto da Pena (Vilarelho, Caminha, Viana do Castelo) proceden fragmentos de dos calderos con remaches de pirámide cuadrangular (Silva 1986, 173 y 199, Est. LXXXVII.6-7). En las excavaciones realizadas por Silva han registrado en este yacimiento niveles perfectamente fechables en los siglos XI-X; las dataciones radiocarbónicas son homogéneas y perfectamente coherentes entre sí y en relación al registro material. Los fragmentos de caldero salieron en el estrato 09 del interior de la estructura I (corte E-F), una vivienda circular con zócalo de piedra, junto a cerámica manual y fragmentos de tipo Baiões (fig. 2). Cabe subrayar, a efectos de datación, que las dos fechas radiocarbónicas publicadas, una correspondiente a este mismo punto donde salieron los materiales que nos interesan, se obtuvieron sobre semillas de leguminosas; la muestra tomada en la unidad estratigráfica de los fragmentos de caldero (UGRA-220) ha dado  $2920 \pm 110$  BP (970 ane) (Silva 1986, 34), situándose en 1420-840 con calibración mediante el programa de Stuiver y Reimer (1986) (archivo ATM 20) a 2 (Carballo y Fábregas 1991, 246s y 257), y en 1320-970 (1145 cal ANE m y 1123 cal ANE directa) mediante el programa *CALIB* en su versión 2.0 (1988) a 1 (Castro Martínez *et al.* 1996, 48 y 216s, n.º 531). Resulta interesante constatar los valores similares ofrecidos por la otra datación obtenida en el castro (UGRA-200), que ha dado  $2930 \pm 100$  BP (980 ane), y que

calibrada se sitúa 1420-900 según los criterios citados de Carballo y Fábregas (1991, 247s y 257); y 1340-1020 (1180 cal ANE m y 1202/1187/1186 cal ANE directa) según los de Castro *et al.* (1996, 48 y 216s, n.º 530).

La solidez de las lecturas estratigráficas y cronológicas obtenidas en Coto da Pena, aceptadas por lo general, invitan de por sí a una relectura de la problemática del origen de los calderos de remaches. A continuación pretendemos dar cuenta de algunos otros casos que parecen apuntar en la misma dirección, bien es cierto que en ocasiones de modo no tan concluyente.

En el castro de Nossa Senhora da Guia (Baiões, S. Pedro do Sul, Viseu) se han encontrado igualmente algunos fragmentos de caldero con remaches (V.V.A.A. 1996, 185); aunque no nos consta ninguna información sobre su localización estratigráfica, la relativamente homogénea datación de los niveles del Bronce Final en este yacimiento permite considerarlos aquí como un indicio más en la línea de lo apuntado en el presente artículo. En efecto, la mayoría de los investigadores que se han ocupado de este poblado, por lo demás sólo muy parcialmente excavado, inciden en la existencia de un Bronce Final cronológicamente bien concentrado. Así, los trabajos de P. Kalb, orientados a la definición de una secuencia estratigráfica (fig. 3), dieron como resultado la reiteración del mismo esquema en la totalidad de los perfiles, es decir, *roca viva, roca descompuesta estéril, un estrato oscuro de tierra blanda, que en su parte inferior no contenía nin-*

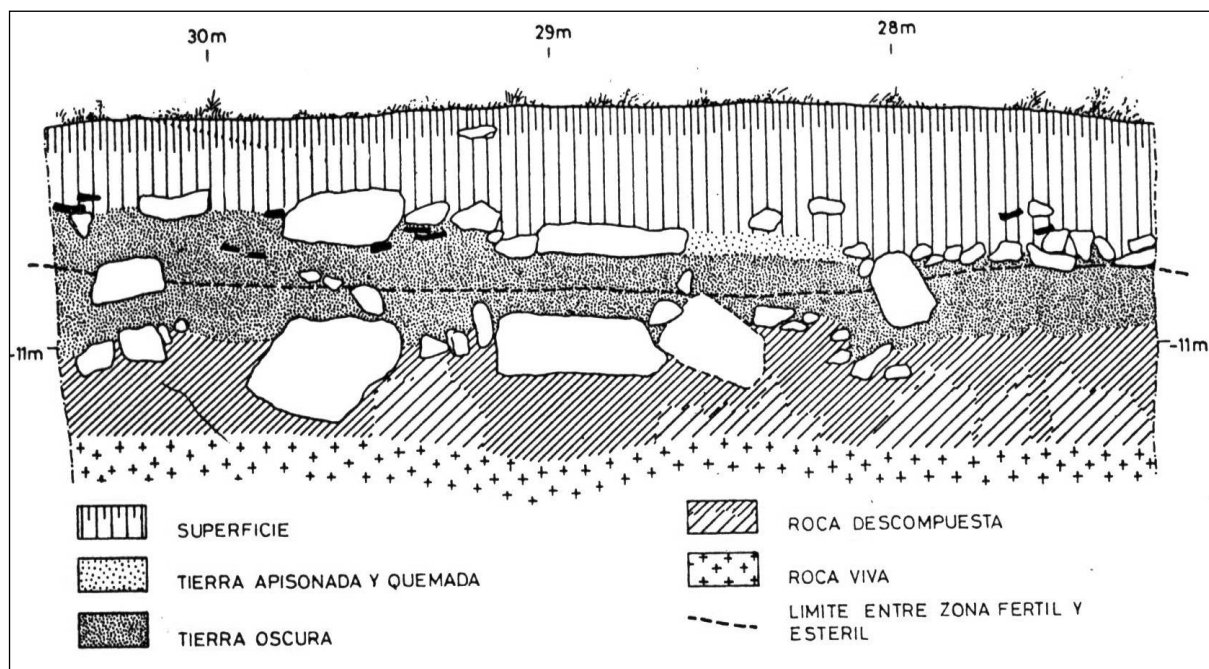


Fig. 3. Corte estratigráfico del castro de Nossa Senhora da Guia (Baiões) (corte 1, zona 3, perfil E-O) (según Kalb 1979).

gún hallazgo y en su parte superior puede ser llamado estrato de ocupación, y por último un estrato de superficie, casi sin hallazgos, a pesar de algunos fragmentos de cerámica muy rodada, los cuales se ven perfectamente que estaban transportados por agua y tierra desde la parte alta del castro (Kalb 1979, 583); en análoga dirección apunta Silva (1986, 36) al admitir que no son visibles estratificaciones ni renovaciones de pisos. Únicamente en lo que Kalb denomina zona 3 es posible identificar un pavimento de piedras planas, una acumulación de piedras, mezcladas con tierra y barro quemados, y un nivel de tierra pisada con clara influencia de fuego cerca de las piedras mencionadas, sobre el cual se hallaron numerosos bronceos (Kalb 1979, 583s). Este ámbito puede interpretarse seguramente como un lugar de actividad metalúrgica, bien atestiguada en el yacimiento por el hallazgo de moldes y presencia de rebabas de fundición en algunos de los bronceos; no obstante, Perea (1991, 127) ha llamado la atención sobre la ausencia de crisoles y restos de escorias, lo cual podría apuntar a que la reducción del mineral tenía lugar en otros centros.

Este poblado da buena cuenta de algunas de las características apuntadas para el grupo cultural en que se encuadra: excelente visibilidad y dominio del paisaje circundante, vestigios de pisos de cabañas construidas en materiales perecederos, aunque en algunos casos con zócalos en piedra, etc. (Pedro 2000, 132). Para su ubicación cronológica se recurre con frecuencia a una datación radiocarbónica obtenida sobre los restos de madera carbonizada del astil de una punta de lanza de bronce (GrN-7484), cuyo resultado es 2650  $\pm$ 130 BP (700 a.e.) y que calibrada según los criterios citados de Carballo y Fábregas (1991, 260) arroja una considerable desviación típica: 1100-410. Por su parte, Castro Martínez *et al.* (1996, 217s) no incluyen esta datación en su tabla de fechas radiocarbónicas, pero señalan en el amplio texto que la acompaña que se sitúa *c.* 850 cal ANE, encuadrando el yacimiento en el grupo Baiões-Santa Luzia (*c.* 1200-850 cal ANE). Por lo general suele llevarse la cronología de Nossa Senhora da Guia al siglo IX e incluso VIII, basándose en ocasiones en la fecha C-14 sin calibrar. Pero, naturalmente, las cronologías sin calibrar no son fechas reales, y en nuestra opinión pueden apuntarse algunos argumentos de cara a una ubicación temporal del castro en las cotas más elevadas de la horquilla radiocarbónica.

Al margen de una serie de características compartidas –en ergología cerámica y topografía– con otros poblados fechables sobre el cambio de milenio, los metales recuperados en el castro proporcionan en esta ocasión referentes cronológicos aprovechables. Es el caso de un asador articulado procedente de las excavaciones de Tavares da Silva en el año 1973 (Tavares 1979), ítem cuya plena comparecencia en el Bronce Final II parece haber quedado definitivamente aceptada (Karageorghis y Lo Schiavo 1989; Lo Schiavo 1991, 220; Mederos 1996b, 101ss; Hermary 1999, 57). Destacada importancia reviste asimismo el bien conocido depósito de fundidor hallado en el interior del castro, con un amplio conjunto de materiales que, en líneas generales, parecen ratificar

las cronologías elevadas que aquí apuntamos. Cabe mencionar por ejemplo los restos de tres soportes a modo de carrito con ruedas (fig. 5.1), relacionables con prototipos chipriotas cuya llegada a Occidente puede establecerse en torno a 1150-1050 (Mederos y Harrison 1996). También los cuencos hemisféricos de bronce tienen paralelos ajustados en los *hemispherical bowls* y *rounded bowls* del Mediterráneo oriental, cuya concentración cronológica –su origen remonta al tercer milenio– se produce *c.* 1550-1050, según estudios como los de Catling (1964, 147s, fig. 17.1-7), Gershuny (1985, 2-5, pl. 1-3) o Burgess (1991, 38). Un marco cronológico bastante similar podemos postularlo para las hachas de tope monofaces de una sola anilla (tipo 36 A de Monteagudo), que en Cabeço do Crasto de San Romão aparecen integradas en la primera fase de ocupación del yacimiento, fechada por radiocarbono entre 1270-1060 cal ANE (Senna-Martinez 2000, 127); y, en fin, lo mismo puede proponerse para las hoces de empuje tubular, a juzgar por los resultados obtenidos en Santa Luzia (Senna-Martinez 2000, 128; Pedro 2000, 133).

En definitiva, e incidiendo en lo antes expuesto, creemos que la ergología metálica localizada en Nossa Senhora da Guia posibilita optar por los márgenes más altos de la horquilla radiocarbónica obtenida en este yacimiento y fechar los niveles del Bronce Final, en los cuales deben incluirse los fragmentos de caldero, en los siglos XI-X no siendo lógicamente descartable una ocupación extensible hasta el IX.

Según nos indica muy recientemente Ana M. S. Bettencourt (comunicación personal), fragmentos de caldero se han localizado asimismo en el poblado de Santinha (Amares, Braga) en un contexto estratigráfico fechado en el s. X. Por otro lado, algunos hallazgos en yacimientos portugueses de cronología algo posterior vienen a demostrar la plena implantación de estos recipientes metálicos en el Bronce Final III, incidiendo en consecuencia en la idea de un origen datable en la etapa anterior. Así por ejemplo, puede mencionarse el caso del poblado de San Julião (Vila Verde), donde restos de caldero se encuentran entre los materiales procedentes de la *camada IIb*, perteneciente a un contexto de tránsito del Bronce al Hierro fechable en los ss. VIII/VII (Bettencourt 1994, 176s). A esta misma etapa transicional, en un contexto del s. VIII según la información suministrada por Raquel Vilaça (comunicación personal), pertenecen los fragmentos del poblado de Cachouça (Idanha-a-Nova), en la Beira interior portuguesa. En este yacimiento tuvo lugar el hallazgo en superficie de un asador articulado (Vilaça 1995, 345 y 475-77), mientras que algunos fragmentos de caldero, salidos en excavación, se han dado a conocer en una breve nota reciente (Vilaça 2000), encontrándose en curso la memoria detallada de los trabajos en el lugar. Se trata de un yacimiento con amplio dominio visual sobre su entorno y con ocupaciones fechables en el Bronce Final-Hierro Inicial, documentadas tanto a nivel ergológico como a través de las dos dataciones radiocarbónicas obtenidas, que dan 1025-845 y 893-602 cal ANE, en ambos casos a 2 (Vilaça 2000, 41). El poblado presenta, al mismo tiempo, otros elementos de

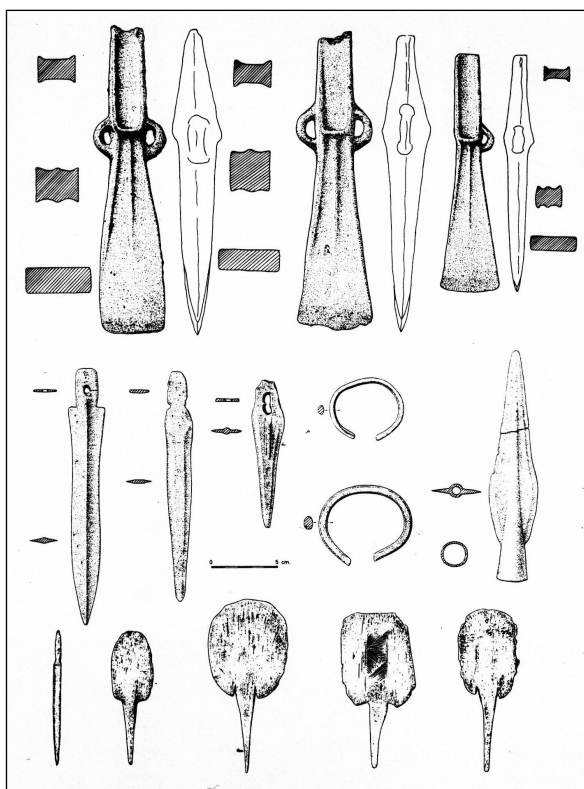


Fig. 4. Piezas conservadas del depósito de Huerta de Arriba (Burgos) (según Delibes y Fernández Manzano 1991). Se han perdido, al menos, los fragmentos de dos recipientes remachados (su reconstrucción hipotética en fig. 1.3).

indudable interés en relación con la celebración de posibles ceremonias sacrificiales, como son la presencia de afloramientos rocosos con cavidades tal vez destinadas a ese fin (Vilaça 2000, 37).

Aunque hemos planteado ciertas reservas a los métodos de datación basados en criterios exclusivamente tipológicos y no confrontados con estratigrafías y/o radiocarbono, conviene traer a colación ahora dos depósitos que pueden aportar algo de luz en la revisión cronológica que aquí proponemos. El primero es el burgalés de Huerta de Arriba, encontrado bajo unas piedras en la carretera de Huerta de Arriba a Monterrubio; está compuesto por dos hachas de tope y dos anillas, otra de tope y una anilla, una punta de lanza, un puñal con lengüeta perforada y engrosamiento de la hoja en su tercio final, otros dos puñalitos o cuchillos de doble filo con un empalme similar (en uno de los casos también perforado), un cincel o lezna, dos brazaletes de bronce abiertos, cuatro o cinco navajas de afeitar y chapas bronceas con remaches correspondientes a uno o más recipientes (figs. 4 y 1.3). Da la casualidad de que las chapas remachadas se han perdido y de ellas conservamos únicamente referencias en la bibliografía y una reconstrucción hipotética de Martínez Santa-Olalla sobre cuya fidelidad tenemos serias dudas

(Schubart 1961, 44s). Los fragmentos de caldero, pese al indudable interés que muestran en un contexto como el presente, han sido con frecuencia desatendidos, imaginamos que por circunstancias varias como son fundamentalmente la dificultad para explicar su presencia en un marco cronológico tan antiguo y el hecho de que sólo sean conocidos a través de referencias bibliográficas y una reconstrucción hipotética a priori parece que no muy fiable. Delibes y Fernández Manzano (1991, 206) se refieren a ellos como *materiales cronológicamente conflictivos* y plantean la posibilidad de llevarlos a la segunda mitad del Bronce Final III.

Salvo ciertas reservas puntuales, como las expuestas por Delibes y Fernández (1991), el caso es que Huerta de Arriba se ha considerado, de forma casi unánime, un depósito del Bronce Final II (Fernández Manzano 1984; Ruiz-Gálvez 1998, 233 y 283; Cruz y Quintana 1999, 163), período en el cual tienen cabida las tres hachas, que no obstante también pueden pertenecer a inicios de la tercera fase del Bronce Final (Monteagudo 1977, 191s y 195s). Una cronología análoga –en torno al cambio de milenio– puede apuntarse para las navajas de afeitar de doble filo y espigo largo, similares a las de Hénon (Monteagudo 1983, 372s). En cuanto a los puñales, cabe decir que su sencillez plantea ambigüedades a nivel clasificatorio (Meijide 1988, 26), si bien Monteagudo (1983, 370) ha propuesto la proximidad de uno de ellos –el de empalme ancho trapecial con muescas y hoja pistiliforme– con respecto al de Ffynhonnau, que fecha *c.* 1080.

Podemos concluir, por lo tanto, un horizonte cronológico para este depósito fechable a malla larga en torno a 1150-900, sin excluir del todo momentos anteriores para alguno de sus elementos componentes (Meijide 1988, 6). Una vez tenemos contextualizado el origen de los recipientes de remaches peninsulares en pleno Bronce Final II, su presencia en Huerta de Arriba ya no resulta contradictoria con el resto de los materiales del depósito, sino que, al contrario, dicha asociación viene a constituir un nuevo argumento probatorio a favor del replanteamiento cronológico aquí expuesto.

El otro depósito al que queremos consagrar unas palabras es el de Hío (Pontevedra). Aunque ha sido incesantemente estudiado y publicado, lo cual nos exime aquí de un tratamiento en detalle, convendrá recordar que está compuesto por seis hachas de tope y una anilla, un hacha tubular, un escoplo, tres puntas de lanza fragmentadas, una espada también fragmentada, dos brazaletes macizos de bronce, tres ganchos de matriz tubular y fragmentos de caldero con remaches. A la hora de valorar en términos cronológicos el depósito, uno de los caballos de batalla ha sido la reconstrucción de la espada, que se conserva fragmentada en cinco partes. En opinión de Monteagudo (1973, 136s) es más corta que las de lengua de carpa y pertenece a las pistiliformes tardías, mientras que Ruiz-Gálvez (1979, 140) o Meijide (1988, 31s y 48ss) opinan que la correcta reconstrucción rebasa en longitud al modelo propuesto por Monteagudo y por tanto la espada se integra en el grupo de lengua de carpa, pudiendo fecharse en el s. IX. Esta cronología pudiera venir avalada por las hachas, datadas en su conjunto por Monteagudo

(1973, 130) entre 860-800, pero que Ruiz-Gálvez (1979, 135) considera los elementos más antiguos de depósito, siendo posible la equiparación de cinco de ellas con las presentes en conjuntos tipo Saint-Denis-de-Pile, del Bronce Final II y paralelos en su fase avanzada al grupo Wilburton; fecha más elevada cabría atribuir al escoplo y hachita tubulares, presentes en conjuntos tipo Bishopland y Tauton, apareciendo en los inicios del Bronce Final y perdurando hasta el cambio de milenio (Ruiz-Gálvez 1979, 137).

Al tener en cuenta estos márgenes temporales, resulta sorprendente que, no justificando el resto de los componentes (ganchos o brazaletes) una datación tardía, se haya llevado la ocultación del depósito a cronologías como la segunda mitad del s. VIII (Coffyn 1985, 123) o, incluso con mayor frecuencia, algún momento del VII (Hawkes 1952, 112; Ruiz-Gálvez 1979, 147; Delibes *et al.* 1993, 420s). El estímulo para esta propuesta fue por lo general la cronología baja que parecían presentar los calderos de remaches en ámbito peninsular. Habida cuenta de la antigüedad que arrojan hallazgos como los de Coto da Pena o Huerta de Arriba, creemos que no hay razón para seguir manteniendo un ocultamiento tardío, siendo perfectamente posible situarlo en los s. X-IX, fecha establecida por la espada en caso de pertenecer al complejo de lengua de carpa, seguramente por las lanzas y, tal vez también, por los ganchos de matriz tubular.

## PARA CONCLUIR: UNA CONTEXTUALIZACIÓN EN EL MARCO ATLÁNTICO

Acabamos de exponer algunos datos, de diferente validez probatoria, que justifican la necesidad de revisar la cronología de los calderos de remaches peninsulares y permiten concluir que en el Bronce Final II, en los ss. XI e inicios del X, la producción de este tipo de recipientes estaba aquí configurada. Tanto los hallazgos producidos en los últimos años como los referentes cronológicos que ellos aportan obligan a replantear varias de las opiniones al uso sobre el origen de los calderos y sus relaciones con otros ítems metálicos de uso culinario.

En primer lugar, puede cuestionarse la tan repetida tendencia a considerar que los ejemplares británicos son antecedentes directos de los peninsulares (figs. 5.2 y 5.4); salvo puntuales excepciones, durante mucho tiempo se pensó que los calderos de remaches llegaban a la Península Ibérica procedentes de las Islas Británicas, donde su diáfana ubicación en el Bronce Final II se había establecido hace tiempo. Una base cronológica firme la proporciona el depósito de Isleham (Cambridgeshire), que contiene unos 6500 fragmentos/objetos de bronce y alcanza un peso total de 88 kg. Buena parte de los materiales pueden adscribirse a la fase Wilburton (sincronizable con el Hallstatt A2/B1, *c.* 1100-950), y entre algunos de los más relevantes se cuentan espadas pistiliformes, un fragmento de asador articulado y fragmentos de caldero, parte de los cuales pueden identificarse como pertenecientes al tipo A (cuello vertical acanalado y armellas salientes sobre el borde que per-

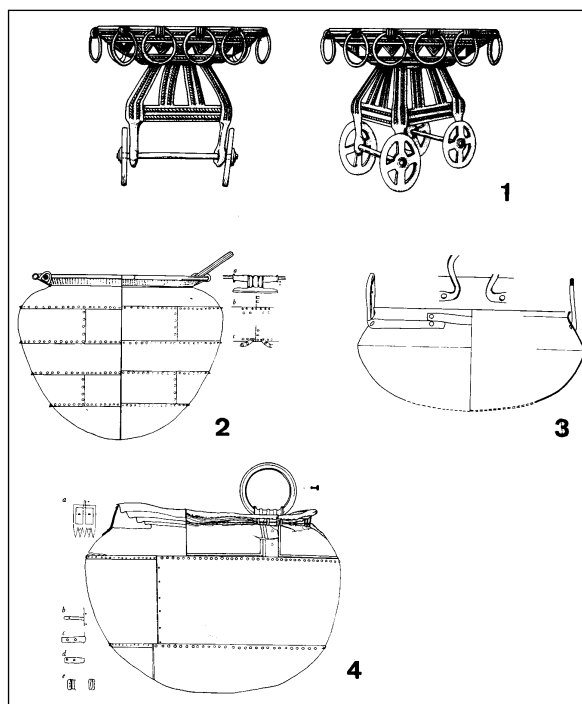


Fig. 5. 1. Soporte con ruedas de Nossa Senhora da Guia (Baiões) (según Mederos y Harrison 1996); 2. caldero de Castledearg (según Briggs 1987); 3. caldero de la tumba 101 de Tell es-Sa'idiyeh (según Gershuny 1985); 4. caldero de Ballymoney (según Briggs 1987). Diferentes escalas.

miten a las anillas un amplio ángulo de movilidad), concretamente a la variante o subtipo Tulnacross de Gerloff (Gerloff 1986, 97 y fig. 10; Briggs 1987, 168 y 183; Gómez de Soto 1991, 370). Gerloff (1986) postula una antigüedad algo mayor para los ejemplares de sus tipos Colchester y Shipton, arguyendo su presumible antecedencia a nivel tipológico y tecnológico y la ausencia de plomo en las aleaciones, característica que define a la metalurgia británica en momentos anteriores a la fase Wilburton (Gerloff 1986, 91).

El alzamiento de las cronologías en territorio peninsular, normalmente insinuado más que justificado, ha permitido retomar la tesis de una llegada vía Italia-Península Ibérica, que en trabajos de principios de los noventa aparece nuevamente mencionada como posibilidad (Burgess 1991, 30). Sobre esta idea han vuelto Almagro y Fontes (1997), focalizando la atención sobre posibles imitaciones cerámicas de calderos metálicos o *dinoi* localizadas en Montoro (Córdoba) y Coroneta del Rei (Alberique, Valencia), fabricadas a torno y cuya presencia en el mediodía peninsular se contextualiza en el mismo proceso al que debemos la aparición de cerámicas micénicas en Montoro. El recipiente de Coroneta del Rei (fig. 1. 4) tiene las agarraderas dispuestas de forma similar a los calderos de remaches de tipo A y en el entorno de las mismas muestra unas decoraciones que pueden considerarse imitaciones de remaches (Almagro Gorbea y Fontes 1997,



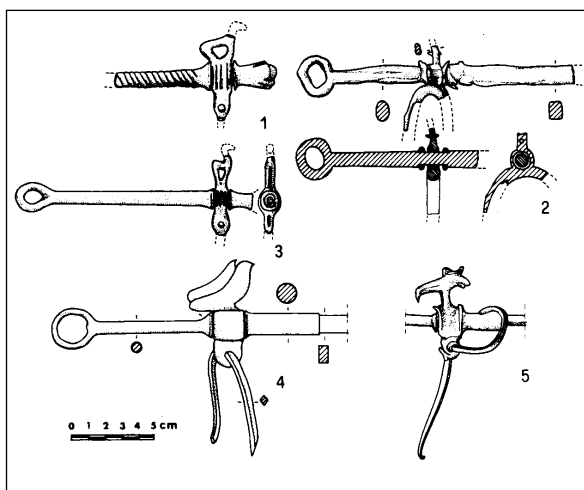


Fig. 6. Asadores articulados. 1. Decimoputzu (Monte de Sa Idda) (según Lo Schiavo 1991); 2. tumba 523 de Amatunte (Chipre) (según Lo Schiavo 1991); 3. Forêt de Compiègne (Oise) (según Coffyn 1985); 4. sierra de Alvaiácere (Leiria, Beira Alta) (según Coffyn 1985); 5. Gué de Chantier (Port Sainte-Foy, Dordogne) (según Chevillot 1990).

352s); con manufacturas cerámicas de este tipo podrían relacionarse los soportes de carrete, lo que explicaría en parte la favorable recepción en ámbito peninsular de piezas metálicas de análoga función.

La discusión sobre el origen de los calderos de remaches en ámbito atlántico no está resuelta ni es probable que llegue a estarlo en los próximos años de no producirse hallazgos todavía más resolutivos. No obstante, en nuestra opinión este debate viene frecuentemente arrastrando problemas de enfoque por el hecho de suponer que la dependencia de los ejemplares occidentales con respecto a Oriente ha de producirse por vía estrictamente analógica. Es decir, debe existir un paralelismo formal detectable a simple vista mediante la observación de los calderos metálicos de uno y otro lado.

Sin embargo, las producciones atlánticas, para empezar, aparecen en muchas ocasiones considerablemente fragmentadas, lo cual dificulta su correcta reconstrucción. En segundo lugar, mantienen una fuerte personalidad que no hace sencilla la búsqueda de paralelos formales en el Mediterráneo central y oriental. Los recipientes metálicos del Mediterráneo oriental mantienen una variabilidad mucho mayor y, entre otras cosas, suelen presentar agarraderas fijas de disposición verticalizada, ya sean paralelas o perpendiculares al borde (Branigan 1974, 47-50, pl. 37.3210, 37.3178 y 43.3208); un modelo frecuente, y bastante contrapuesto a los ejemplares atlánticos, consiste en agarraderas en formas tendencialmente semicirculares con extremos prolongados para su fijación al cuerpo exterior del recipiente mediante clavos o remaches; otra variante consiste en anillas soldadas o fundidas conjuntamente a un elemento plano por lo general cuadrangular que es el que se fija al recipiente (figs. 8 y 5.3)

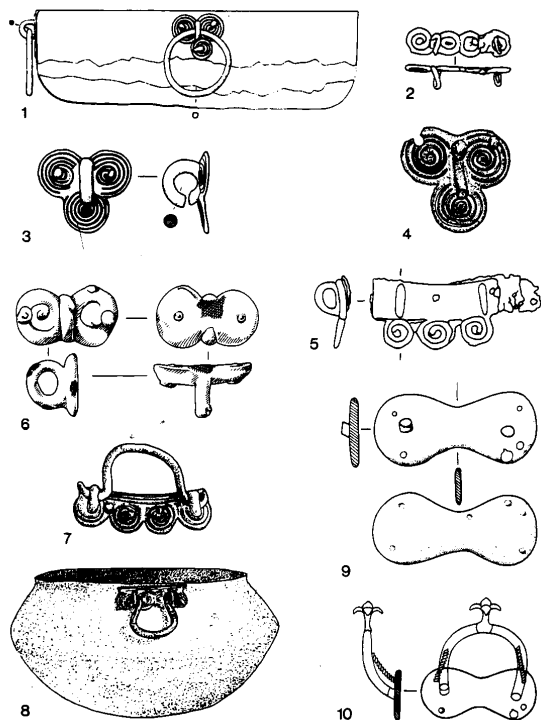


Fig. 7. Agarraderas y recipientes metálicos de Italia y Cerdeña (según Lo Schiavo, MacNamara y Vagnetti 1985). Diferentes escalas.

(Catling 1964, 166-70, fig. 18; Gershuny 1985, 12-15, pl. 8.99-100, 10.109). Este modelo, por lo demás de sencilla ejecución, no aparece registrado en la Península en las fechas que aquí nos atañen. Si podemos verlo en ámbito itálico, en recipientes como los localizados en Monte San Vincenzo (Caldare, Agrigento) o Piediluco-Contigliano (Terni) (Lo Schiavo *et al.* 1985, 30-32). Los recipientes –ya sean del Mediterráneo oriental o central– con agarraderas a base de anillas u otros elementos móviles también difieren notablemente de los atlánticos (fig. 7) (Gershuny 1985, 9, pl. 7.85; Lo Schiavo *et al.* 1985, 32-35). No obstante, Gerloff (1986, 104ss) ha subrayado la existencia de paralelos bastante estrechos en el Sureste de Europa, por lo que la llegada de tipos antecedentes a las Islas Británicas tendría lugar a través de Centroeuropa vía Danubio y probablemente Francia, como probarían algunos hallazgos de recipientes metálicos y láminas remachadas efectuados en estas zonas de tránsito; por lo demás, comenta también que *we do not contend that these Mycenaean vessels were the immediate forbears of our Atlantic ones, but they may be their ultimate ancestors* (Gerloff 1986, 106).

En definitiva –y a pesar de no desarrollar ahora la cuestión en los términos necesarios–, podemos concluir la carencia de paralelos formales estrictos en los calderos del Mediterráneo oriental (mundos egeo, chipriota y sirio-pales-

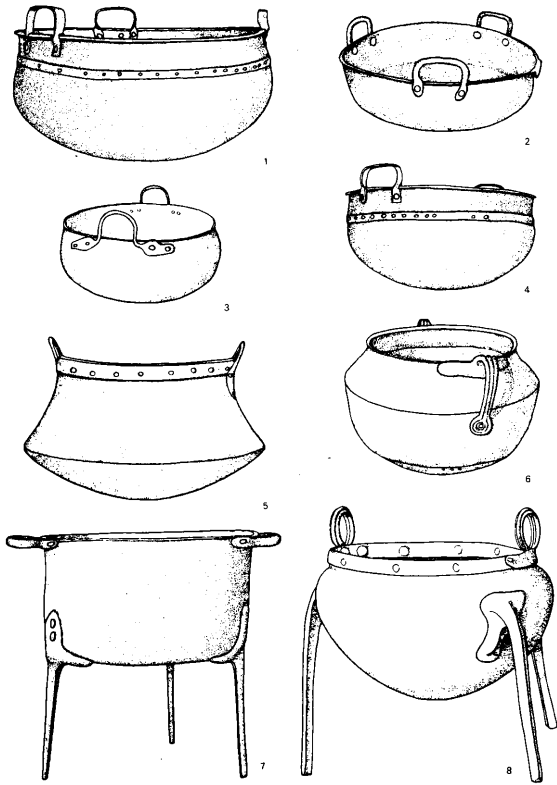


Fig. 8. Recipientes de bronce del ámbito egeo (según Catling 1964). Diferentes escalas.

tino) con respecto a los atlánticos, considerando aquellos en el amplio período en que pudieron haber influido en nuestras producciones, es decir, *c.* 1350-900. Ahora bien, el influjo oriental puede estar presente –y mucho– en dos aspectos menos sencillos de detectar a nivel meramente visual, como son el simbólico y el tecnológico.

Respecto a lo primero, cada vez está mejor establecido por la investigación reciente que los contactos precoloniales acarrearón la adopción de nuevas formas en la ritualización del banquete, acompañadas de una serie de novedades en el ámbito material como son cuchillos, asadores, ganchos de carne, soportes, cuencos y páteras. Algunos de estos instrumentos arraigaron entre las élites atlánticas, generalizándose producciones con una fuerte personalidad, lo que dificulta la búsqueda de referentes formales ajustados en el Mediterráneo oriental. Recipientes de uso culinario pudieron llegar desde Oriente a la Península y, por su vinculación al entramado cultural de las élites (asociación a conceptos de novedad, riqueza, conocimiento privilegiado...), favorecer su imitación mediante producciones que a posteriori resultaron formalmente bien diferenciadas.

A nivel tecnológico, resultan cada día más evidentes las novedades que impulsa en el Bronce Atlántico la fabricación

de buena parte de estos instrumentos. Armbruster (1998) lo ha puesto de manifiesto para los ganchos de carne y asadores articulados, mostrando que su ejecución implica la forjatura para la fabricación de objetos destinados a soportar elevados constreñimientos mecánicos, la fundición a cera perdida en diversas variantes y el plegamiento de barras de sección rectangular sobre un ángulo. Más en relación con los calderos que nos interesan, parece bastante seguro que en Oriente debemos buscar los antecedentes para técnicas como el batido de chapas bronceas (p. ej. fabricación de escudos) y algunos apliques, ensamblados y uniones mediante clavos y remaches (Villena, Peña Negra o casco de la ría de Huelva, éste con clavos cónicos) (Ruiz-Gálvez 1995, 138 y 140).

En síntesis, resulta verosímil pensar que los calderos atlánticos de remaches se generan a partir de una dinámica de contactos con el Mediterráneo oriental y central, ámbitos a los cuales debemos tanto ciertas dimensiones simbólicas que implica el concepto en sí como algunos de los procesos tecnológicos necesarios para su producción. Por lo demás, y en otro orden de cosas, la revisión cronológica aquí propuesta hace coetánea la fabricación y circulación de calderos con respecto a otros objetos empleados en contextos rituales semejantes, como son asadores articulados, algunos ganchos, soportes, cuencos y páteras.

Los soportes se destinaban a sostener recipientes, en unos casos para bebida y en otros para la quema de sustancias aromáticas (Mederos y Harrison 1996). Es interesante constatar en Nossa Senhora da Guia la asociación de tres soportes con una serie de cuencos metálicos, gancho de carne, fragmentos de caldero y asador, aunque buena parte de estos elementos sean piezas de desecho y se encuentren formando parte de un depósito de fundidor. No compartimos la hipótesis de Ruiz-Gálvez (1995, 139 y 141; 1998, 299s) según la cual los cuencos y carritos-soporte de Nossa Senhora da Guia llegaron a la Península desde Cerdeña desprovistos de su significado original y en forma de chatarra para fundición. En primer lugar, y junto a Mederos y Harrison (1996, 250), nos preguntamos si resulta rentable transportar tan largas distancias elementos de tan escaso rendimiento material únicamente para ser destinados a fundición. Por otra parte, la adopción de este tipo de elementos puede venir favorecida por la existencia desde antiguo de piezas destinadas al mismo fin –como pueden ser los soportes de carrete, que aparecen ya en contextos calcolíticos– y que asimismo incitan a la realización de otras tipologías de soporte, como por ejemplo los de Lebrija. En suma de cuentas, no nos parece una herejía proponer que la fabricación de los soportes de Nossa Senhora da Guia pudo tener lugar en la Península, y en análogo contexto de discusión deberíamos situar igualmente los soportes de Calaceite y Les Peiros, a nuestro entender de cronología similar, aunque este conjunto necesita un estudio más detallado cuya realización se sitúa entre nuestras previsiones inmediatas.

Respecto a los cuencos, ya hicimos constar su marcado paralelismo con los *hemispherical bowls* del Mediterráneo oriental. Son de paredes finas engrosadas en el borde, de

labio horizontal y plano; su fondo es a veces umbilicado, según confirman también algunas réplicas cerámicas del mismo castro. En opinión de Silva (1986, 173), se fabricaron mediante molde y empleo posterior de martillado (para regularizar y umbilicar) y buril (para grabar la decoración). Es difícil dilucidar si estamos ante importaciones, como quiere Ruiz-Gálvez (1995, 139), o producciones locales, aunque sí nos parece seguro que estuvieron integrados en las ritualizaciones de banquete de las élites atlánticas. A este respecto, cabe incidir en la ya mencionada existencia de réplicas cerámicas en el mismo castro y, lo que es si cabe más revelador, en el hecho de que uno de los cuencos presente una decoración a base de triángulos incisos muy similar a la de los torques/brazaletes macizos tipo Sagrajas-Berzocana, lo cual es indicativo de que las piezas fueron en la Península algo más que chatarra.

En este mismo ambiente cultural se sitúa la pátera de Berzocana (Cáceres), que apareció asociada a dos torques de oro macizos –y quizá un tercero hoy perdido– con decoración incisa (Perea 1991, 100s y 107). Mide 17 cms de diámetro máximo y 4 cms de altura; posee un pie marcado con ónfalo, borde convergente y dos pequeños agujeros que fueron interpretados en relación con una pequeña asa desaparecida, pero que parece más correcto considerarlos un lañado para reparar una fractura (Mederos 1996b, 106). Sobre el origen geográfico y cronológico del recipiente se ha entablado un prolongado debate, proponiéndose la existencia de paralelos en Egipto, Levante mediterráneo y Centroeuropa, dentro de cronologías que oscilan entre los siglos XV y VII; a este respecto, los torques macizos aparecidos junto a él no aclaran gran cosa, habida cuenta del todavía oscuro encuadre temporal de esta orfebrería, que muestra ciertas conexiones con algunas piezas del Bronce Antiguo y una larga pervivencia, pues todavía sigue en uso en el siglo IX. Recipientes más o menos similares a la pátera de Berzocana son frecuentes en Canaan y, en general, en el Levante mediterráneo, en cronologías de fines del segundo milenio (Gershuny 1985, 5-8, n.º 39-52 y 68-69, pl. 3-5). Un paralelo muy ajustado, aunque de dimensiones algo más reducidas, lo ha presentado Mederos (1996b, 106); se trata de una pieza procedente de Chipre, aunque sin ubicación concreta, datable *c.* 1050-950; fecha que resulta muy coherente con la datación que podemos establecer para otros materiales aquí comentados, también con referentes en los ámbitos chipriota y sirio-palestino. Por otro lado, no faltaba cierta razón a quienes apuntaban la existencia de piezas similares en Egipto, dado que en efecto existen, aunque se deben a estímulos procedentes del Oriente mediterráneo datables igualmente en las postrimerías del segundo milenio (Gershuny 1985, 6 y 8).

El hecho de que la recepción de cuencos o páteras de inspiración mediterránea se vincule a los cambios producidos en las ritualizaciones del banquete atlánticas como consecuencia de los contactos precoloniales, no quiere decir que su empleo aquí haya tenido los mismos matices que en su marco originario. En este sentido, Gershuny (1985, 46s, pl. 17s) ha publicado una serie de juegos para el consumo del vino (*Wine*

*Sets*), cuya cronología se sitúa entre los siglos XIV y XI, en los cuales el cuenco, pátera o taza aparece asociado a una jarra y un colador; en número de ocho, seis de ellos proceden de tumbas, mientras que los otros dos aparecieron formando parte de un tesoro de Megiddo. Naturalmente, no tenemos ninguna prueba para establecer que las piezas de Berzocana o Nossa Senhora da Guia hayan tenido una función similar, máxime considerando el posible desconocimiento del vino en territorio peninsular –incluso como producto importado– por aquellas fechas; tampoco conocemos jarras y coladores metálicos atlánticos con esa cronología. Sin embargo, su asociación a dos o tres torques de oro en el caso de Berzocana, y a otros metales de uso culinario en Nossa Senhora da Guia, da pie a pensar en su carácter de bien apreciado, en el primer caso, y en su integración en rituales de banquete en el segundo (y acaso también en el primero).

Tenemos someramente delineado –al menos en su aspecto material y en las dimensiones simbólicas que ello impone– el marco de los rituales de banquete en ámbito atlántico, en el seno del cual debemos entender la producción y circulación de los calderos de remaches que aquí nos ocupan, muy particularmente en contextos del Bronce Final; no creemos que en fechas posteriores al s. VII todos los recipientes fabricados con chapas remachadas deban contemplarse desde esta misma perspectiva, sino más bien en la dirección de bienes de uso multifuncional y no necesariamente en escenarios ritualizados.

Una última cuestión que nos parece pertinente comentar aquí, desde una óptica peninsular, es la distribución y asociaciones de los calderos con otros materiales de uso culinario, más todavía teniendo en cuenta que recientes hallazgos introducen algunas novedades en el panorama establecido. Al contrario que en Oriente, no encontramos en ámbito atlántico ricos conjuntos de banquete que nos permitan entrever las formas rituales en toda su complejidad; hasta el momento, únicamente Nossa Senhora da Guia nos ha proporcionado asociaciones de cierta relevancia. En lo que atañe a los calderos de remaches, se ha incidido en su frecuente comparecencia junto a ganchos, destinados a trinchar la carne cocinada en su interior; ganchos de carne y calderos han aparecido asociados en Eriswell, Isleham, Prairie de Mauves, Hío y Feltwell (Ruiz-Gálvez 1979, 144; Delibes *et al.* 1993, 424). Por el contrario, sorprendía en ámbito peninsular la disociación, incluso geográfica, que parecía existir entre ganchos y calderos, por una parte, y asadores articulados, por la otra. Los dos primeros tipos de objetos mostraban una localización predominantemente septentrional, mientras que los asadores en su variante articulada se quedaban con la parte meridional y más concretamente con el sector SO de la Península; una disociación que, en principio, podía acarrear diferencias en el plano ritual, casi en el sentido de dos culturas del banquete distintas (carne cocida *contra* carne asada), pero que, al mismo tiempo, chocaba con la presencia de asadores articulados en zonas más septentrionales del Atlántico, que hacía difícil pensar que el sector centro y NO de la Península fuese marginado en el flujo de ese bien de prestigio que eran los asadores articulados.

Creemos que hoy esta visión ya no es sostenible. La disociación estricta de calderos y ganchos *contra* asadores se rompe en Isleham (calderos, gancho y asador) y en Nossa Senhora da Guia (caldero, gancho, asador, cuencos y soportes). A ellos, en territorio peninsular, se viene a sumar el poblado de Cachouça, donde al asador ya conocido de hace unos años debemos añadir ahora el hallazgo de fragmentos de caldero (Vilaça 2000, 37, figs. 4.5 y 5.7). En cuanto a la distribución, cabe subrayar asimismo que la aparición de los calderos va prologándose ya hacia la zona de concentración de los asadores (fragmentos de Cachouça y S. Martinho, en la Beira interior portuguesa) (Vilaça 2000, 37); e idéntica o si cabe mayor variabilidad geográfica empiezan a mostrar los ganchos, pues tenemos en vías de publicación un ejemplar localizado en la comunidad andaluza.

Concluimos, pues, sosteniendo la integración de los calderos de remaches en las ritualizaciones de banquete desarrolladas en ámbito atlántico en el Bronce Final II avanzado y primera mitad del Bronce Final III, formando parte de conjuntos o *sets* en los que también podían entrar –según el caso– ganchos de carne, asadores articulados, soportes, cuencos y páteras. A este conjunto de instrumentos metálicos se añaden naturalmente los juegos de cerámicas, pues ya por estas fechas encontramos formas y decoraciones (tazas carenadas, recipientes geminados y bicónicos, bruñidos tipo “Lapa do Fumo”, incisiones tipo “Baiões”, etc.) que parecen poder vincularse a un uso en festines y actos de consumo no cotidiano (Vilaça 2000, 37). Es bien cierto que en la conformación de estas nuevas pautas de ostentación y escenificación parecen jugar un papel destacado los contactos con Oriente, pero también lo es que las novedades pronto son asumidas por las élites atlánticas, que las dotan de una personalidad renovada, favorecen su fabricación en sus contextos locales e incorporan como propio el empleo de algunos de estos objetos metálicos –ganchos, calderos, asadores, soportes, etc.– para largas fases de nuestra protohistoria.

XOSÉ-LOIS ARMADA PITA

Becario predoctoral de la Xunta de Galicia.  
Departamento de Humanidades,  
Universidade da Coruña (Campus de Ferrol).

## BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M.; FONTES, F. (1997): The introduction of wheel-made pottery in the Iberian peninsula: Mycenaean or pre-orientalizing contacts?, *Oxford Journal of Archaeology* 16/3, 345-361.
- ARMBRUSTER, B. (1998): Zu den technologischen Aspekten bronzenener Fleischhaken und Bratspieße der atlantischen Spätbronzezeit, *L'atelier du bronzier en Europe du XX<sup>e</sup> au VIII<sup>e</sup> siècle avant notre ère* (t. II), Paris, 183-192.
- ARIAS CABAL, P.; ARMENDÁRIZ GUTIÉRREZ, A. (1998): Aproximación a la Edad del Bronce en la región cantábrica, *A Idade do Bronce en Galicia: novas perspectivas* (R. Fábregas, ed.), A Coruña, 47-80.
- BETTENCOURT, A. M. S. (1994): A transição do Bronce Final/Ferro Inicial no povoado de S. Julião-Vila Verde: algumas considerações, *1<sup>o</sup> Congresso de Arqueologia Peninsular* (IV). *Trabalhos de Antropologia e Etnologia* 34/3-4, 167-190.
- BRANIGAN, K. (1974): *Aegean Metalwork of the Early and Middle Bronze Age*, Oxford.
- BRIGGS, C. S. (1987): Buckets and cauldrons in the Late Bronze Age of North-West Europe; a review, *Les relations entre le continent et les Îles Britanniques à l'Age du Bronze. Actes du colloque de Lille*, Amiens, 161-187.
- BURGESS, C. (1991): The East and the West: Mediterranean influence in the Atlantic World in the Later Bronze Age, c. 1500-700 B.C., *L'Age du Bronze Atlantique* (C. Chevillot y A. Coffyn, eds.), Beynac, 25-45.
- CARBALLO ARCEO, L. X.; FÁBREGAS VALCARCE, R. (1991): Dataciones de carbono 14 para castros del Noroeste peninsular, *AEspA* 64, 244-264.
- CASTRO MARTÍNEZ, P. V.; LULL, V.; MICÓ, R. (1996): *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c.2800-900 cal ANE)*, Oxford.
- CATLING, H. W. (1964): *Cypriot Bronzework in the Mycenaean World*, Oxford.
- CHEVILLOT, C. (1990): *Sites et cultures de l'Age du Bronze en Périgord*, Périgueux.
- COFFYN, A. (1985): *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*, Paris.
- CRUZ, P. J.; QUINTANA, J. (1999): Reflexiones sobre la metalurgia de Baiões/Venat en el interior de la submeseta norte y su relación con los contextos de tránsito del bronce al hierro, *II Congreso de Arqueología Peninsular* (t. III) (R. de Balbín y P. Bueno, eds.), Alcalá, 161-170.
- DELIBES DE CASTRO, G.; FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1991): Relaciones entre Cogotas I y el Bronce Final atlántico en la Meseta española, *L'Age du Bronze Atlantique* (C. Chevillot y A. Coffyn, eds.), Beynac, 203-212.
- DELIBES DE CASTRO, G.; FERNÁNDEZ MANZANO, J.; CELIS SÁNCHEZ, J. (1993): Nuevos ‘ganchos de carne’ protohistóricos de la Península Ibérica, *Tabona* VIII/2, 417-434.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1984): Armas y útiles metálicos del Bronce Final en la Meseta Norte, *BSAA* 50, 5-25.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M. D. (1998): *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*, Madrid.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1941): El caldero de Cabárceno y la diadema de Rivadeo. Relaciones con las Islas Británicas, *AEspA* 14, 560-563.
- GERLOFF, S. (1986): Bronze Age Class A Cauldrons: Typology, Origins and Chronology, *Journal of the Royal Society of Antiquaries of Ireland* 116, 84-115.
- GERSHUNY, L. (1985): *Bronze Vessels from Israel and Jordan*, PBF II/6, München.
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F. J. (1990): *La necrópolis de “Los Castillejos” de Sanchorreja. Su contexto histórico*, Salamanca.
- GÓMEZ DE SOTO, J. (1991): Le fondeur, le trafiquant et les cuisiniers. La broche d'Amathonte de Chypre et la chronologie absolue du Bronce Final atlantique, *L'Age du Bronze Atlantique* (C. Chevillot y A. Coffyn, eds.), Beynac, 369-373.

- HAWKES, C. F. C. (1952): Las relaciones en el bronce final, entre la Península Ibérica y las Islas Británicas con respecto a Francia y la Europa Central y Mediterránea, *Ampurias* 14, 81-119.
- HERMARY, A. (1999): Amathus before the 8th Century B.C., *Cyprus. The Historicity of the Geometric Horizon* (M. Iacovou y D. Michaelides, eds.), Nicosia, 55-67.
- KALB, P. (1979): Contribución para el estudio del Bronce Atlántico: excavaciones en el castro "Senhora da Guia" de Baiões (concelho S. Pedro do Sul), *XV CNA*, Zaragoza, 581-590.
- KARAGEORGHIS, V.; LO SCHIAVO, F. (1989): A West mediterranean obelos from Amathus, *RSF* XVII/1, 15-29.
- LO SCHIAVO, F. (1991): La Sardaigne et ses relations avec le Bronze Final atlantique, *L'Age du Bronze Atlantique* (C. Chevillot y A. Coffyn, eds.), Beynac, 213-226.
- LO SCHIAVO, F.; MACNAMARA, E.; VAGNETTI, L. (1985): Late Cypriot imports to Italy and their influence on local bronzework, *Papers of the British School at Rome* 53, 1-71.
- MACWHITE, E. (1951): *Estudios sobre las relaciones atlánticas de la península hispánica en la Edad del Bronce*, Madrid.
- MARTÍNEZ PÉREZ, A. (1988): El núcleo de poblamiento de Alberic-Antella-Tous durante la cultura del Bronce valenciano, *Archivo de Prehistoria Levantina* 18, 251-277.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. (1942): Escondrijo de la Edad del Bronce Atlántico en Huerta de Arriba (Burgos), *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria* 17, 127-164.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L.; CUESTA TORIBIO, F. (2001): Excavaciones arqueológicas y estudio de los materiales de La Campa Torres, *El castro de La Campa Torres. Periodo prerromano* (J. L. Maya y F. Cuesta, eds.), Gijón, 11-277.
- MEDEROS MARTÍN, A. (1996a): La cronología absoluta de Andalucía occidental durante la prehistoria reciente (6100-850 A.C.), *Spal* 5, 45-86.
- MEDEROS MARTÍN, A. (1996b): La conexión levantino-chipriota. Indicios de comercio atlántico con el Mediterráneo oriental durante el Bronce Final (1150-950 AC), *TP* 53/2, 95-115.
- MEDEROS MARTÍN, A.; HARRISON, R. J. (1996): 'Placer de dioses'. Incensarios en soportes con ruedas del Bronce Final de la Península Ibérica, *Homenaje a M. Fernández-Miranda. Complutum Extra* 6(1), 237-253.
- MEIJIDE CAMESELLE, G. (1988): *Las espadas del Bronce Final en la Península Ibérica*, Santiago.
- MONTEAGUDO, L. (1973): Hachas de tope de Mougás (Pontevedra), *Cuadernos de Estudios Gallegos* XXVIII/84, 128-142.
- MONTEAGUDO, L. (1977): *Die Beile auf der Iberischen Halbinsel*, PBF IX/6, München.
- MONTEAGUDO, L. (1983): Koiné del Bronce Atlántico?, *I Colóquio Galaico-Minhoto* (t. II), Braga, 365-398.
- PEDRO, I. (2000): O castro da Senhora da Guia (S. Pedro do Sul, Viseu), *Por terras de Viriato. Arqueologia da Região de Viseu*, Viseu, 132-135.
- PEÑA SANTOS, A. de la (1992): *Castro de Torroso (Mos, Pontevedra)*, Santiago.
- PEREA, A. (1991): *Orfebrería prerromana. Arqueología del oro*, Madrid.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1979): El depósito de Hío (Pontevedra) y el final de la Edad del Bronce en la fachada Atlántica peninsular, *El Museo de Pontevedra* 33, 129-150.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1995): El significado de la ría de Huelva en el contexto de las relaciones de intercambio y de las transformaciones producidas en la transición Bronce Final/Edad del Hierro, *Ritos de paso y puntos de paso. La ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo* (M. Ruiz-Gálvez, ed.), Madrid, 129-155.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1998): *La Europa atlántica en la Edad del Bronce*, Barcelona.
- SCHUBART, H. (1961): Atlantische Nietenkessel von der Pyrenäenhalbinsel, *MM* 2, 35-54.
- SENNA-MARTINEZ, J. C. de (2000): O 'Grupo Baiões/Santa Luzia' no Quadro do Bronze Final do Centro de Portugal, *Por terras de Viriato. Arqueologia da Região de Viseu*, Viseu, 119-131.
- SILVA, A. C. F. (1986): *A Cultura Castreja no Noroeste de Portugal*, Paços de Ferreira.
- TAVARES DA SILVA, C. (1979): O castro de Baiões (S. Pedro do Sul), *Beira Alta* 38/3, 509-531.
- V.V.A.A. (1996): *De Ulisses a Viriato. O primeiro milénio a.C.*, Lisboa.
- VILAÇA, R. (1995): *Aspectos do Povoamento da Beira Interior (Centro e Sul) nos Finais da Idade do Bronze*, Lisboa.
- VILAÇA, R. (2000): Notas soltas sobre o património arqueológico do Bronze Final da Beira Interior, *Beira Interior. História e património*, Guarda, 31-49.